

Las Voces del Socavón

Una historia de lucha a través de la comunicación

***Anabella Barbieri - Juan Luis Hernández
Ivanna Margarucci***

A comienzos de diciembre de 2017 se proyectó en Buenos Aires *Las Voces del Socavón*, un film de Julia Delfini y Magalí Vela Vázquez (en forma pública, en presentación privada se había estrenado en el FICIP 2016). Esta interesante producción audiovisual relata una notable experiencia poco conocida: la de la red de radios surgidas al calor de la lucha de los sindicatos mineros en Bolivia, desde la década de 1940 hasta 1985. Originado en la necesidad de las dos directoras de presentar una tesina de grado, para culminar la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires, pronto se convirtió en un proyecto de mayor envergadura.

El punto de quiebre se produjo al viajar en tres oportunidades a Bolivia, donde hicieron un importante trabajo de campo en sus principales ciudades y campamentos mineros. Allí recogieron bibliografía y documentos y realizaron las entrevistas a los protagonistas de este proceso, personal de las radios, trabajadores mineros y amas de casa. Incorporaron asimismo las miradas de intelectuales y académicos, como Magdalena Cajías, Luis Oporto Ordóñez y Eduardo Galeano. Este último aportó su particular experiencia personal vivida en los campamentos mineros durante la década del 70.

Como dicen Magalí y Julia, en diálogo con nuestra revista, la intensa experiencia vivida en Bolivia “fue directo a nuestro corazón... cada persona que entrevistamos, reafirmaba una y otra vez que esta historia se tenía que conocer y que el leit motiv que teníamos para hacer la película iba mucho más allá de una instancia de formación académica en

la universidad, sino que tenía que traspasar esa frontera y expandirse en todos los canales que estuvieran a nuestro alcance”.

–¿*Cuáles son los ejes temáticos del film?*

–Nosotras tratamos de articular dos ejes: qué fueron las radios mineras y cuál fue el rol que tuvieron en las luchas sindicales. Nos sucedió que ambas temáticas entraban en competencia. De hecho muchas veces sucede que pasan a segundo plano las radios porque lo que hay de trasfondo, la experiencia de los mineros encarando un centro revolucionario o la resistencia a las dictaduras y los constantes atropellos militares en el distrito se impone sobre lo que fue la herramienta de la radio en toda esa lucha. Ordenamos el trabajo primero en una línea histórica de lo que habían sido los acontecimientos quizás más relevantes, tuvimos que dejar muchas cosas que no contamos en la película o testimonios de momentos de la historia que no incluimos, buscando que sea atractiva para un espectador que desconoce del tema, un espectador que no estuviera buscando un documental puramente informativo, sino que tenga un atractivo más cinematográfico.

–¿*Pueden hacer una reflexión sobre la articulación organización sindical minera / radio minera / Comité de Amas de Casa?*

–Arrancamos la película situando al espectador en lo que es la organización sindical minera y cómo ante la necesidad de organización y de comunicación los trabajadores deciden crear y hacer funcionar una radio por ellos mismos, no sólo en lo que es la manutención, poniendo una mita de su salario para el funcionamiento, para la compra de equipos, sino que también ellos eran los propios locutores, los que armaban los programas. Era un espacio de militancia donde hacían sus anuncios, sus comunicados políticos, mantenían informada a la población, y los temas que se debatían en asamblea se comunicaban por este medio. Hay algunas frases bastante célebres para nosotras en la película, donde por ejemplo, algunos dicen: un trabajador minero no podía levantarse y no prender la radio, era lo primero que hacía el trabajador minero, porque sabía que iba a hablar su dirigente, porque se iba a informar, porque iba a saber lo que pasaba en los pueblos y en la coyuntura un poco más amplia. También tenían sus programas festivos, pasaban su música, los acompañaban en el ingreso a la mina, en los distintos cambios de turno. En esta primera articulación la radio surge por la necesidad

de los trabajadores de organizarse y dar a comunicar todo lo que sucedía en las minas, sabiendo que ellos estaban muy bloqueados por los medios hegemónicos, y además la radio les va a permitir, cuando esto se comienza a desarrollar, establecer una red con los distintos pueblos aledaños. Cuando los gobiernos militares comunicaban las políticas de gestión, las radios eran los lugares de trinchera comunicacional, donde podían decir lo que estaba pasando en sus tierras, y eso no se comunicaba ni se informaba por los medios dominantes. Entonces tenía una doble función.

–¿*Y el Comité de Amas de Casa?*

–El Comité de Amas de Casa surge por la necesidad de las mujeres de acompañar a sus maridos en la lucha por las reivindicaciones de los trabajadores y también por reivindicaciones para la mujer. Sabemos que por tradición, y por creencias culturales la mujer no podía ingresar a la mina, entonces las trabajadoras (llamadas *palliris*) lo que hacían era recolectar mineral de afuera de la mina, trabajaban en la propia montaña. Entonces las mujeres dijeron: “¿Qué es lo que podemos hacer? No podemos dejar que los hombres sean los únicos que se movilizan, nosotras vamos a pelear al lado de nuestros compañeros”, entonces se forma el Comité de Amas de Casa. Entonces está el Comité de Amas de Casa, la organización sindical de los trabajadores y la radio que actúa como pivó comunicativo. Las mujeres forman parte de los programas de música, de alfabetización, de cultura, de cocina, de pintura, de actividades recreativas, y también usaban la radio como medio contestatario. Todo se termina de articular de esta manera, de poder los hombres abrir el espacio a las mujeres y que éstas se posicionen en un lugar de lucha contestataria al lado de sus compañeros.

–¿*Qué les dejó la experiencia vivida en la realización de la película?*

–En principio, esta experiencia fue de gran crecimiento. Nosotras tenemos una formación en comunicación social en la UBA, la cual si bien nos formamos en la parte audiovisual, nunca habíamos encarado un proyecto de esta magnitud, y también nos enfrentarnos a todo un espacio desconocido, porque no solo implicaba viajar y estar continuamente filmando, utilizando la cámara, sino también haciendo entrevistas, conociendo a los protagonistas de la historia, lo cual fue muy enriquecedor. Fue un gran aprendizaje...finalmente volvimos el año pasado a Bo-

livia, la pasamos en la Universidad de Siglo XX, en el teatro sindical de Huanuni, en La Paz, donde hay muchos mineros relocalizados. Volver a Bolivia con la película también fue algo que teníamos pendiente, una de las mayores expectativas nuestras, era el público más difícil para nosotras, fueron los más críticos de todos los que vieron la película. En la Universidad de Siglo XX tuvimos devoluciones de dirigentes mineros, que nos decían que no estaba tal dirigente, que faltaba esto o lo otro, pero bueno, les explicamos que no podíamos contar todo, que era un recorte, la idea era que se conociera la historia. Reencontramos con todos aquellos que participaron de la película, quienes fueron entrevistados y se vieron, todos estuvieron contentos con la película, eso también lo rescatamos, ninguno sintió que no habíamos dicho lo que querían decir, o que habíamos mal interpretado o tergiversado sus palabras. Así que fue muy lindo volver con la película, fue un cierre también para nosotras, nos llevó mucho tiempo, mucha dedicación durante muchos fines de semana. Nuestra idea es que la película se difunda lo más posible, no sabemos si se podrá por Internet, pero queremos hacer una proyección en la Facultad y en todos los lugares donde se pueda.

Juvenal Giménez, fue y sigue siendo, cada vez que la cuenta, parte de esa historia. Operador desde joven de “La Voz del Minero”, radio organizada por los trabajadores del campamento Siglo XX, ubicado en Catavi, departamento de Potosí, relata en el documental muchas de sus vivencias. A continuación, reproducimos una entrevista que le realizamos a Juvenal, en la que nos propusimos indagar más acerca de esas trayectorias convergentes, entre la propia historia de vida de Juvenal y el rico proceso animado por las radios y sindicatos mineros en la Bolivia del siglo XX.

–Buenas tardes Juvenal. Antes que nada queríamos agradecerle la posibilidad de esta entrevista, donde nos gustaría retomar algunas cuestiones que nos había comentado cuando nos conocimos, durante la presentación de “Las Voces del Socavón”. En principio quisiéramos empezar por dónde y en qué fecha nació, cómo estaba compuesta su familia, etc.

–Nací en la mina Siglo XX, más propiamente en la empresa minera Catavi, porque el hospital estaba ahí. Es un centro minero alejado

de Siglo XX, donde en ese momento estaba la Gerencia General de la COMIBOL.¹ Luego viví en el campamento, donde a la mayoría de los trabajadores les daban un departamento, una casita, según el número de integrantes de la familia: había cuartos o casas que eran más amplias para aquellas familias con cuatro o cinco hijos, y otras más pequeñas que era para solteros o con un solo hijo. Eran cuartos que estaban apilados unos seguidos de otros, campamentos. Ahí no teníamos baño propio, había baño público, que quedaba a una cuadra más o menos de donde vivíamos. Tampoco teníamos agua domiciliaria, daban desde las seis hasta las diez de la mañana. O sea que en ese lapso, tenías que llenar tachos para uso privado. También la ducha era común: un día para mujeres y un día para varones, y ahí teníamos que hacer cola para poder ducharnos durante unos diez o quince minutos, no más, al ser tanta gente, era la única manera de asearse.

–¿En Catavi estaban los hornos de fundición?

–Sí. Allí se quedaba directamente todo lo que se extraía de la mina, se llevaba a la planta donde se limpiaba todo el mineral. Yo trabajé ahí a los dieciocho años más o menos, porque en la época de vacaciones tenías que trabajar para tener algo de dinero. Y me metí ahí, como una changa.

–¿En qué año nació?

–Nací el 7 de mayo de 1953, tengo cinco hermanas y yo soy el único varón. En Siglo XX vivíamos en el campamento, en una casa, que no alcanzaba, como eran hermanas, a veces dormían en un cuarto y yo en otro. Teníamos una salita, la cocina, un patio y dos dormitorios: uno donde dormían mis papás, y otro donde dormíamos la mayoría –cuando éramos chicos dormíamos dos en cada cama, teníamos tres camas–. La escuela quedaba un poco más abajo del campamento 2, yo vivía camino a Salvadora, en una pendiente. Ahí estudié desde kínder hasta el ciclo intermedio, antes de entrar al secundario, lo que aquí en Argentina sería como el fin de la escuela primaria: nos educaban como para ir al secundario. Allí di los primeros pasos como dirigente, llegué a ser presidente del alumnado porque había una profesora que era la Directora del ciclo intermedio que decía “estos chicos tienen que tener un líder como en

¹ Corporación Minera Boliviana (COMIBOL).

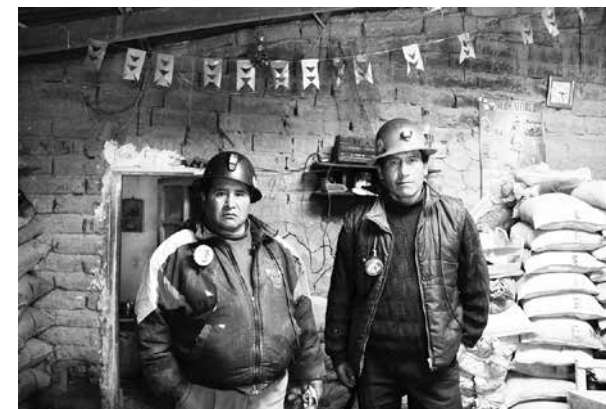
el sindicato: un jefe de curso para que accione”. Entonces llamó a una convocatoria para elegir presidente de la escuela; me presenté y gané. Y fue, creo, lo mejor de mi juventud porque que estudiaba lo menos, y de lo más que me ocupaba era de hacer cosas para la escuela, ya que el patio era de tierra, promoví hacerlo de cemento. Era muy fácil porque lo único que teníamos que pedir era el cemento porque la arena estaba ahí, en el río cercano a la escuela. La Directora mandó un oficio a la empresa para que nos den cemento, y se hizo el pavimento. Volví hace cinco años y todavía estaba, es una de las cosas que uno se llena de orgullo cuando algo deja. Después hice el secundario nocturno porque no alcanzaba el modo de poder ganar. Mi papá trabajaba, era alarife, pero ya lo habían retirado de la mina por estar enfermo de los pulmones y lo pusieron en una parte donde copiaba los planos de los ingenieros, lo hacía con ácido; eso también aprendí de él: en una plancha grande ponía los planos y con el sol se copiaba, luego lo metía en una especie de horno donde le daba el toque final y allí se veía la copia.

–El día que nos conocimos nos contó que su papá había peleado en la guerra del Chaco.

–Ah, ¡sí! Había ido muy de jovencito. Me contó que, después de salir de la campaña de la guerra del Chaco, se vino directamente a Siglo XX. Él estaba en Oruro, trabajaba como sastre, hacía trajes. Allí conoció a su primera esposa, que después murió y luego conoció a mi mamá. Había gente que venía de los centros mineros –Hochschild y todos esos–, de las empresas, que les ofrecían a los jóvenes trabajo, casa y todo eso, y agarró mi papá y se fue. Yo tengo todavía el contrato que tenía con Patiño, cuánto tiempo iba a trabajar, y me lo dio. Después conoció toda la nacionalización, toda la guerra, y cada vez que había lío en Siglo XX le hacía acordar a la guerra. Él llegó a ser cabo, cabo César Giménez. Le iban a dar un subsidio, me acuerdo que fuimos a reclamarlo cuando yo tenía mis ocho años, fuimos hasta la Ciudad de La Paz para llevar todos los papeles –que él había servido, la libreta y todo eso– para que se enmarque y le diera un subsidio de ex combatiente...

...Beneméritos de la Patria.

–Claro. Eso tardó como una o dos semanas, no teníamos mucho dinero así que empezamos a trabajar en algo; mi papá siempre fue busca-



dor de cosas: compraba pan y después íbamos a revenderlo a otro lado, aunque sea para la comida.

–¿A la par su papá seguía con su trabajo de copista en Siglo XX?

–Él ya había llegado a la edad de retirarse y la empresa le pidió que lo hiciera. Cuando fuimos a La Paz, estaba haciendo los trámites de la jubilación y del subsidio como ex combatiente. Cuando mi papá firmó el retiro de la empresa, a la semana vinieron a desalojarnos, porque la casa era de la empresa. Entonces teníamos que ir a la población civil, que estaba dividido por un río seco: de este lado el distrito de Llallagua y la empresa minera, y esa era la distancia. Ahí había falta de agua por las huelgas, entonces teníamos que ir hasta Llallagua a buscar cosas para comer porque se hacían paros y pasaban meses sin pulpería, nadie se atrevía a vender nada, vendían de oculto: tenías que saber en qué horario se abría una panadería que trabajaba de noche pero cada pan te vendía a precio de oro y la verdura lo mismo. Eso fue una de las cosas que me dejó muy mal de parte de los militares, porque para entonces ya estaba el golpe de Estado.

–¿Se refiere al golpe del 64?

–Sí, pero también ya sucedía en la época de la presidencia de Paz Estenssoro. Que ahí arregló un poco. Todavía no entendía yo qué era eso de la política. Luego, a medida que fui creciendo, más que todo al entrar a la radio, comprendí lo que el gobierno hacía, o lo que pretendía hacer con los trabajadores, con el pueblo.

–Usted, ¿cuando entró a la radio?

–En el 68, 69.

–Entonces era muy joven.

–Jovencito. Yo viví en carne propia, con mis doce años, la matanza de San Juan.

–La masacre de San Juan fue en 1967...

–Claro, en aquel momento destrozaron la parte operativa de la radio: todos los transmisores, que estaban muy bien resguardados. Yo entré a la radio gracias a mi cuñado, que trabajaba como operador. Él era minero y a la tarde iba en la radio. Porque la radio era de los trabajadores, ellos la habían pagado, entonces tenían derecho de trabajar allí, si querían. De ese modo, me llevó a allí a enseñarme; yo me tenía que levantar a las cuatro de la mañana para salir al aire a las cinco.

–Cuando todos se estaban levantando...

–Claro. El horario era tan temprano porque había que prender la radio, y el transmisor ocupaba prácticamente la mitad de una habitación, con unas lámparas, unas tres o cuatro válvulas de gran tamaño, que tenían aceite. Había que prender eso y, una vez que calentaba, recién se subía el otro motor y se ponía el cristal, el transmisor, y se ponía un cabezal en el transmisor y con eso se salía al aire. Y todos los operadores teníamos la obligación de llevarnos eso, cosa que si entraba alguien no supiese prender la radio, era una especie de guardar.

En esa época de San Juan habíamos ido esa vez con mis primos hasta la casa de mis cuñados, en la población civil, un poco más arriba de la pulpería, donde vivían antes, pero más abajo habíamos ido a festejar, porque se jugaba mucho a ver quién hacía la fogata más grande, era quemar toda la noche, y algunos más grandes que tomaban y amanecía y todo eso... A eso de las cuatro de la mañana, mis primos, que eran más grandes que yo, me dijeron “vámonos porque ya se durmió”. Nos íbamos bajando e íbamos por la orilla del río, y ahí vimos, porque se ve la entrada de la población civil, y ahí estaban disparando y a todos, barriendo a todos, cuando llegamos a la mitad para entrar a la avenida, y ahí fue la sorpresa, tiraron no sé qué, gas lacrimógeno, creo, se llenó de humo y nos bañaron con agua y saltó esa batea que había y nos taparon ahí y cuando nos descubrieron nos llevaron, no respetaron ni la minoría de edad nada, todos adentro.

–¿A usted lo llevaron también?

–Sí, a mi primo, a mí y a otra gente más, había un montón de gente, un montón de gente que estaban dentro del sindicato porque habían tomado el sindicato y ahí adentro estaban todos los que podían responder, todos borrachos, todos borrachos, claro, los milicos estaban con un arma adelante, y todo el que pasaba por la plaza del minero le mataban. Cuando llegó a esclarecer un poco, seis de la mañana o siete, un montón de gente tirada, vino la ambulancia, claro no daba abasto, como éramos los únicos, yo y un primo, los tres únicos que más o menos estábamos sobrios, nos mandaron a levantar cuerpos. Y ahí fue donde quizás me quedó eso de ver gente caminar por todos lados, porque antes la plaza del minero no es lo es que ahora, el colegio, sino eran casetas de comercio, donde le vendían a la gente, cada domingo, cada sábado, abrían las casetas y vendían ropa y de todo, eran como calles. A una de esas calles había que ir a retirar los cuerpos, uno estaba pegado a la pared y doblado, estaba muerto, y mi primo lo levantó y salió medio cuerpo, lo habían partido con metralla, así que bueno, tuvimos que ver eso.

Después subimos a Salvador, igual, lo más raro que vimos, por lo menos yo lo sentí, ¿cómo pudo haber soldados muertos?, si nosotros no teníamos armas, los mineros no teníamos armas, y aparecían entre la avenida y el cerro, los soldados tirados ahí.

–¿Y hubo algún minero que se resistió?

–Sí, había uno que era el dirigente que quería defender la radio y uno de los milicos le tiró un tiro. Subió, según contó el tipo que estaba ahí, el milico, subió y se resistió porque quería prender y hablar por la radio.

–¿El milico quería hablar por la radio?

–Sí. Y el minero tenía un tiro de gracia, tenía un disparo en la espalda y otro de gracia... A eso de las 9 o 10 se sumó más gente, porque no había abasto, había que retirar de Llallagua, de más abajo de Siglo XX, y cuando íbamos al hospital a dejar los cuerpos era terrible, la gente se amontonaba ahí y preguntaba qué era, si era trabajador o si era militar, que eso lo que me extrañaba a mí, recoger soldados, tenían una bala detrás, eran soldados que se negaron a disparar contra los mineros y los tiraron al otro lado, como diciendo que los mineros los habían matado. Los mineros no tenían forma de resistirse, tomados de varios lados, y bueno, de ahí empezaron a controlar, a los dirigentes tuvieron que me-

terlos en interior mina, Escobar y demás, el único que no pudo salvarse fue el dirigente que murió en la escalera de la radio.

–¿Y días después no organizaron...?

–Sí, después sí... organizaron pero quedó en la nada como hasta ahora, tenía que haber sido una masacre de lesa humanidad y enjuiciar a todos los militares que participaron, pero nunca hubo nada, hasta hoy.

–¿Ustedes sabían que estaba el Che en ese momento en la guerrilla?

–Claro, esa era una de las cosas, porque los mineros habían dicho que querían apoyar al Che, iban a dar un subsidio, una parte de su dinero para mandar a él para que siga haciendo la lucha. Pero no, lo que pasa es que tenía que hacerse ese ampliado, y después de San Juan, tenía que hacerse un ampliado general de todos los mineros de Siglo XX, un ampliado grande que se iba a decretar seguramente un paro total porque estaban en desacuerdo con los salarios, apoyar a las guerrillas, y eso no querían.

–Fue un ataque preventivo, digamos...

–Claro, preventivo que cortó todo... Entraron a la radio, rompieron todo, yo ya después de eso entré a la radio, porque volvieron a abrir la radio....

–¿Usted entró más o menos en el año 68 a la radio?

–Sí, en el 68 o el 69, hasta el 74, entré más como discotecario que como operador, empecé desde abajo, porque trajeron los mineros, tenían muy buenos profesionales en la radio minera, había uno que enseñaba locución, enseñaban periodismo, teníamos la escuela ahí adentro de la radio, pasábamos cursos ahí y era el director René Ampuero que era el encargado de enseñarnos periodismo y locución, nos hacía ejercitar, pero la mayoría eran empíricos, lo hacían por gusto, como yo, yo entré y me gustó saber operar hasta ser sonidista, ser master en sonido, mezclar sonidos, grabar publicidad y todo eso. Hasta grabamos una novela, quería traérmela conmigo, pero eran como siete rollos de cinta. “El crimen del puente colgante”, una historia verdadera que había pasado en Siglo XX, era un crimen que lo fueron descubriendo de a poco, todos preguntaban quién lo mató, pero siguieron investigando, investigando... No sé quién fue, no me acuerdo el autor que sacó el libro con la historia, “El crimen del puente colgante”, con ese libro fuimos armando el relato.

–¿Era una radionovela?

–Era una radionovela. Fue una de las primeras experiencias como sonidista, un poco dirigirlos, tenía 18 años, 19 años, y la gente que actuaba era más grande que yo, pero salió muy bien. Ahí si tenemos que actuar de borracho a veces había que tomar, a veces aprendía de memoria y otras era real, esa fue una de las experiencias más grande de radio, hasta el 74 que salí de ahí como sonidista.

–Eso que se muestra en la película, en el documental, de la radio Pío XII, ¿también era en esa época?

–Sí, mirá, después de la radio “La Voz del Minero”, que por iniciativa de los trabajadores salió, era una radio poderosa, potente. Tenía frecuencia de media y frecuencia de onda corta, antes FM no existía, AM o la frecuencia de amplitud modulada. Pío XII, por no quedar atrás los curas, dijeron vamos a traer. Y trajeron al poco tiempo, no sé cuántos años hubo de diferencia, que los curas trajeron la radio Pío XII. Esa radio pues la armaron antes de que yo conozca, yo de chico me acuerdo, porque iba siempre a cantar, me hice amigo de los locutores de Pío XII. Era una radio formidable. Ahí grabaron muchas novelas, tenían para entonces para rescatar noticias el teletipo, que era una especie de máquina que estaba ahí, todas las noticias que había se grababan. Tenías que saber leer, eso tenías que aprender para sacar, extractar las noticias. Tenía una discográfica que también grababa a artistas. O sea que era una radio de primera. Claro, estaba todo bancado por los curas. Ahora, el error de Pío XII, fue de poner a toda la gente de Siglo XX y de las minas, el minero en sí, volverlo católico, volverlo a la Iglesia. “Que todo lo que hacían, que el comunismo era malo, que ustedes apoyan a los rojos”, o sea la lucha, y que eso estaba mal, apoyar a los comunistas. Era como publicidad para meter a los mineros de que hay que ir a la iglesia, no hay que luchar...

–Una fuerte propaganda anticomunista...

–Anticomunista, antirrevolucionaria, no les gustaba que la gente hiciera asambleas, que se levanten en paro.

–¿Cómo lo vivió eso usted?

–Yo lo viví muy chico esa lucha. Yo tenía mis ocho años. Era una lucha tremenda. Porque Pío XII estaba colocado, de donde yo vivía un poco más abajo, y de ahí, para adelante, a veces las monjas junto con

las señoras de la iglesia, iban a hablar o se interponían entre la gente que iba a protestar por los salarios y todo eso. Que se agarraban una rosca, “que Dios, que esto, que lo otro” y así había una puja terrible. Bueno, el cura, cuando había esas cosas, nunca daba a conocer el pensamiento del pueblo, sino él quería adoctrinar mayormente con cosas de la religión o con cosas de acercarse más a apoyar a un mandatario que es de La Paz y todo eso.

Pero así le fue también, porque cuando el Barrientos, no sé si fue en el 67 que bombardeó todo Siglo XX, bueno ahí le tocó a Pío XII. Los bombardearon y apresaron al cura. Ahí se dio cuenta, pues cuando vinieron a pedir apoyo del pueblo, nadie fue. ¿Por qué? Porque ellos iban en contra del pueblo. Entonces ahí, una vez que terminó ese asedio, volvieron a agarrar y el cura que estaba dirigiendo dijo “no, esto hay que cambiar. O estamos con el pueblo, o nos vamos”. De ese modo, se empezó a inculcar la alfabetización, apoyar en las asambleas, en las cosas que se hacían contra el gobierno. De ese modo se inculcó...

–*Y frente a esa desconexión inicial que tenía la radio Pío XII con el pueblo, ¿qué es lo que podía ofrecer la radio minera? O sea, ¿cuál era la vinculación que tenía con los trabajadores y el pueblo en general?*

–Lo que pasa es que “La Voz del Minero”, era siempre la voz de los trabajadores. O sea que ahí, estaban al tanto de cómo frenar al gobierno frente a la falta del sueldo, reclamos que se hacían acerca de las cosas que no tenían, de los aparatos, del instrumental que tenían. Eso les ofrecía la radio. Mayormente “La Voz del Minero” era la voz de aquel que reclamaba, que no se callaba. Venían, hacían asambleas y pedían hacer hablar a algún dirigente, él se dirigía, iba, hablaba, a todos, porque habían hecho una conexión de radios mineras en todo el norte de Potosí. Todos los mineros habían comprado una radio. Entonces cuando pasaba algo, bueno, hacían una cadena y escuchaban todos. Lo que ofrecía más era la cosa del pueblo. Los reclamos que hacía el pueblo. Pío XII un tanto la dibujaba. Pasaba lo esencial. Por ejemplo, cuando había problemas de costos, de subida de precios, “La Voz del Minero” iba, los periodistas que iban, iban al lugar a ver porqué, porqué estaban subiendo. Iban a ver al Alcalde, porqué permitía eso. O sea de frente. Y Pío XII, jamás se animaba a hacer eso. Su información era más objetiva. De decir bueno, “está pasando eso en la población civil”. Hasta

que, creo, que los mismos locutores que se han formado en Pío XII se han dado cuenta que Pío XII tenía que estar con el pueblo. Tenía que ser revolucionaria también.

–*¿La radio entonces era directamente de los sindicatos?*

–Era del sindicato, de los sindicatos.

–*O sea, en un campamento, ¿la radio pertenecía al sindicato del campamento?*

–Claro, a ver, de la empresa minera, la empresa minera Catavi. Que era Siglo XX y Catavi, ahí era todo de la empresa que manejaba la COMIBOL, luego la población civil. Pío XII trabajaba más con la población civil. Lo que daba prioridad “La Voz del Minero” es eso, que era la voz de los trabajadores mineros.

–*¿Ahora en esa época en los setenta ya existían los Comités de Ama de Casa?*

–Sí, sí... Mirá, siempre hubo ese machismo del minero, del hombre, que decía “bueno, la mujer en la casa y a cuidar a los hijos”. Hasta que una vuelta, esto me cuenta mi papá, en la época de María Barzola, fueron ellas las mujeres las que fueron. “Nosotras nos vamos a adelantar”. De ahí empezó el Comité, pero no con toda la influencia, porque los dirigentes mineros y los delegados no aceptaban, no querían que la mujer se metiera en las cosas de los mineros. Y quien lo pudo cambiar fue Domitila de Chungara. Ella que se iba, se enfrentaba con los trabajadores en una asamblea, por ahí mujeres no había. Eran como Comité, cuatro, cinco, estaban siempre a lo último. Porque la mayoría de las reuniones la hacían en el auditorio de la radio, de “La Voz del Minero”, entonces ahí uno se enteraba como obraban. Y entonces ahí se paró doña Domitila y dijo “no, aquí si ustedes no quieren hacerlo, nosotras lo vamos a hacer”. Estaban reclamando lo del asunto de las *palliris*.² Ahí se ahondó más. Porque habían tomado gente, a mujeres, que necesitaban, que no tenían marido –eran viudas–, sus maridos habían muerto en la mina y no tenían otra cosa –porque apenas morían tenían que dejar el cuarto y trabajar de lo que podías–. Entonces, una forma de trabajar era recoger todo el desecho que había en el desmonte. Cortar y traer. Y no te digo

2 Se llamaba *palliris* a las mujeres que trabajaban en exterior mina, separando el mineral de los desechos o ganga.

que había una buena veta, pero había una gran cantidad. Porque el desecho de piedra, no sé si fueron a Siglo XX, que casi más tapa toda la parte de un cerro.

–*Usted mencionó a María Barzola antes, ella era palliri...*

–María Barzola hacía más la parte del deslave, porque salía de la planta... A ver, esa planta funcionaba –yo trabajé ahí también desde el comienzo y a donde me accidenté a los quince, dieciséis años–. Bueno, empezaban a salir los convoys, los coches con carga, con piedras enteras, todo como salía del interior mina. Iban a unas parrillas y se volcaban todas las piedras a esas parrillas. Así como caían, abajo, había así como un túnel, que tenía una correa que todo eso lo lleva a una especie de molienda, que eran grandes, dos chancadoras que le llaman. Yo trabajé en una de esas. Caían piedras y había que amontonar, no dejar que se amontonen. Después de esa chancadora iba a otra moledora que la hacía más fina. Ahí eran tres moledoras. De la última, recién había un estanque muy grande donde se vaciaba todo el mineral ya en polvo y se mezclaba con ferrite o hierro. Luego de eso, pasaba a las flotadoras, a unas mesas que estaban vibrando, había que cargar todo el día la casiterita en bruto –era negro– y ¡había que cargar! Yo me acuerdo siempre, cuando terminaba mi hora, porque ahí trabajaban en puntas: primera punta, que empezaba a las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, la segunda punta de las tres de la tarde hasta las once de la noche y el otro de las once hasta las seis de la mañana. A mí me tocaba retirar esas bolsas, que eran así de grandes, ¿con mi edad acaso yo podía levantarlas? Ni mascando coca, porque eran pesadísimas, pesadísimas. Ahí teníamos que levantarlas entre tres, cuatro. Después de eso, llevarlas al horno. Meter todo eso en el horno, sacar del horno, mandarle a Catavi y ahí ese polvo lo fundían e iba en barras hasta Oruro. Ese era el estaño. Ese es el proceso.

Ahí yo trabajé en ese proceso de la plata hasta el día que me accidenté. Porque había entrado en tercera punta y estaba en otro lugar donde ya eran menos, pero había una cantidad de piedras, pedregullo, que no había que dejar que se amontonen, sino continuamente estar cargando. En una de esas, había un sistema de dos poleas que llevaban las correas, y esas se desprendían cada tanto, se salían y se caían todas las piedras donde estaba, entonces tocaba el timbre para que lo paren pero no pa-

rabán. Hasta que fui, le busqué y le dije al jefe “fíjate que esto se sale cada momento”. “Ah” dijo, agarró, le dio una patada al engranaje, y claro, lo encastró y empezó a andar. Bueno, pasó que se volvió a salir y no me escuchó que yo le llamé. “Si él lo pudo hacer, yo puedo hacerlo” pensé. Lo que me acuerdo, levanté mi pie para empujarlo, porque no tenía fuerza, y se ve que el envián me mandó, a ver, era una tarima de metro y medio. Me tiró abajo, a una planchuela –eso es lo que me cuentan–. Cerca de esa planchuela había un fierro salido. Cuando yo caí, una parte ínfima de ese fierro entró en mi cabeza. Perdí un poco la memoria. Cuando me llevaron, estuve tres meses sin conocer a nadie. Yo veía, pero no sabía quién era, ni sabía dónde estaba. Me dejaron un tiempo, dicen que venían llorando, mi hermana llorando, hasta que hubo un momento después de casi tres meses, un dolor de cabeza que me agarró, vino mi hermana, una que quiero tanto, y me dijo una palabra, me dijo: “hola, negro”. Creo que esa fue la clave y en mi cabeza empezó como si fuera una película, empezó a enrollarse toda la memoria. Desde esa época, eso pasó a mis diecisiete, hasta el día de hoy que voy a cumplir sesenta y cinco, me acuerdo de mi primera maestra de kinder, cómo se llamaba, por dónde iba, qué es lo que hacía; como iba a la radio, me acuerdo de cada locutor que había en la radio. O sea que volví a refrescar. Nunca me olvidé.

–*Así que usted conoció a Domitila...*

–A Domitila, sí. La conocí como operador de radio, como hacían la reunión en la radio yo la escuchaba. Me acuerdo que dijo eso que dijo Galeano. Eso es cierto. Porque se paró en la asamblea, estaban todos los dirigentes, los delegados de secciones, que era un montón. Ahí se paró ella y dijo “¿saben cuál es el problema de ustedes? ¿Saben ustedes cuál es el problema, compañeros?” Todos decían “no, que la oligarquía, que esto, que lo otro”. Se paró, fue al frente y les dijo “no, es el miedo. Ustedes tienen miedo”. Eso es lo que dijo en la película Galeano y es verdad. Y ahí se dieron cuenta –me acuerdo siempre–, había uno que era del POR, que era delegado, le dijo “sí, tiene razón compañera”, “lo haremos” y se pusieron. Esa vez habían dicho que iban a entrar los militares para evitar el congreso que tenía que tener Siglo XX, entonces iban a venir todos los dirigentes. Se ve que supo el presidente y querían

hacer nuevamente esa masacre. Pero todo fue una cosa de cuestión de engañarles. Estuvieron toda la noche ahí en el sindicato.

–*Por lo que leímos y conversamos, y siguiendo también un poco a esta historiadora boliviana que aparece en la película, Magdalena Cajas, creemos que Siglo XX fue un reducto más de la izquierda, mientras que Huanuni fue un reducto más del MNR. ¿Es así?*

–Sí, es así. Porque, a ver, en Siglo XX había muchos más defensores de la izquierda, del comunismo, de Lenin y todo eso, había muchos más. Debido a eso, empezaron a perseguir a mucha gente. La única contra que tenían los del POR, el Partido Obrero Revolucionario, era que tenían una idea diferente al MNR o al “Hernán” [Hernán Siles Suazo]. Pero Huanuni sí, eran más “emenerreístas”, porque al “Mono” [Víctor Paz Estenssoro] le apoyaban mucho. En Siglo XX, no. Al “Mono” lo despreciaron desde que hizo esa vez de la Alianza para el Progreso, que le dieron los terrenos. Les dieron títulos que no servían. Y luego Banzer volvió a imitar, eso cuando ya estaba en la radio. Habíamos ido, nadie fue. A los campesinos les llevaron a la pista de Uncía, a plan de fusil, les cargaron en camiones, hicieron un gran conjunto de campesinos, para la televisión y para muestra. Cosa de que nunca tampoco se mostró eso. Nosotros estábamos atrás de ellos. Ahí se mandó el presidente como si le estuviera hablando a la multitud. “Al campesinado que va a tener su propio terreno, vamos a hacer entrega”. Y les daban un título, bajaban, agradecían, y ni bien bajaban había otro que les decía “trae, después te vamos a mandar porque falta la firma del presidente”. Nunca más les dieron...

Sí, Huanuni era más tirado al MNR. Creo que la mayoría de los dirigentes que tenían era eso, no tenían la escuela de la izquierda. En Siglo XX, había mucho. Federico Escobar, un gran izquierdista. Yo a él he tenido el gusto de conocerlo desde chico, era dirigente de Siglo XX. Porque yo vivía, cuando vivía mi papá, a una, dos cuadras de donde tenía la casa. Era una casa aparte. Como jugábamos nosotros ahí, siempre dábamos la pelota contra su pared. Hasta que un día dijo “bueno, ya me tienen jorobado ustedes”, hizo hacer una pared, hizo hacer una cancha con la empresa y ahí jugábamos. Nos regaló las camiseta y todo eso. Era muy bueno. Jugábamos con sus hijos, don Fernando, Emilce, Hernán... Siempre estábamos ahí, por eso a Federico lo conocíamos desde

siempre. Y siempre estaba, no era quizás de esas personas jactanciosas porque tenían un cargo. No. Nunca se dejó llevar por eso. Ni siquiera utilizaba la camioneta que le había dado el sindicato para que se mueva. No. Él prefería caminar hasta el sindicato.

–*Usted mencionó a las asambleas mineras, ¿cómo eran?*

–Sí, mirá, la mayoría de las asambleas que se hacían eran por los asuntos, el salario bajo, que siempre fue, los materiales que les daba la empresa, estaban mal, porque ya no reponían lo que la empresa compraba. Allá le daban a cada minero le daban su lámpara, su casco, la bota, la pala y el pico, ese era su material de trabajo. Eso tenía que renovarse cada seis meses o cada año, y allá se gasta. Entonces, no hacían caso. Iban a la gerencia, la gerencia no quería dar bola. También sobre la vivienda mayormente, porque en una casa que vivían dos personas, a veces le metían otra persona, otra familia que tenía cinco hijos. Así vivía doña Domitila. Se diferenciaban los campamentos en el modo en que estaban edificadas las viviendas. Había casas que tenían su sala-comedor, dos dormitorios y un patio. Y en el otro había, una sala de estar-comedor, un dormitorio y una cocina. Entonces eran diversidad, no eran todos iguales. Doña Domitila vivía en un cuartito que le dio uno de sus vecinos cuando empezó a vivir en Llallagua. Y eso era de lo que realmente se quejaba ella mucho, decía: “¿por qué no construyen o hacen casas nuevas?”, a la empresa. Sí, pero hizo en la punta del cerro, como es Cancañiri, como es el Campamento Villarroel, que está a la falda de un cerro.

–*En el año 71 fue que subió Banzer, ¿despidió mucha a gente de las minas, verdad?*

–Sí, lo de la relocalización creo que era.³ Ahí tiró mucha gente, que se fueron y ahí también le sacó mucha fuerza.

–*¿Usted se fue en el 74?*

–Yo me fui en el 74... Yo me vine porque cuando yo había estado

3 En realidad, la “relocalización” de los mineros se inició en 1985, con el proceso de privatización de la minería boliviana durante el mandato de Víctor Paz Estenssoro (1985-1989). Durante la dictadura de Banzer (1971-1978) 14.750 personas fueron detenidas y otras 19.140 tuvieron que salir del país (la gran mayoría de ellos trabajadores y activistas), según un informe de 1977 de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de Bolivia.

trabajando, ya empezaron a agarrar a tres amigos míos, que eran un operador y el locutor. Que le agarraron a la salida del cine los agentes, les preguntaron y así como les dijeron que eran trabajadores de la radio, los desaparecieron. Y bueno, yo, no tenía ni partido, yo no pertenecía a ningún partido político, lo que sí trabajaba en la radio. Tenía mi cuarto, mi departamento enfrente de la radio. Ahí venían cada tanto, hasta que una vez, digo, me salvé porque vinieron, entraron con prepotencia y buscaban a ver a quienes trabajaban en la radio. “Yo soy portero” les dije, “yo atiendo la portería”. Ahí le di a conocer al



dirigente y me dijo “no, te están buscando”. Ahí fueron desapareciendo. Y cuando me vine yo, en el 75, en el 76, se armó una grande.

–Bueno, qué le parece para ir un poquito cerrando, si nos dice algo de la película “Las Voces del Socavón”. Porque nosotros lo que queremos es de alguna manera contribuir con todo esto y difundir la película de Magalí y de Julia. La idea es tratar de promocionarla en nuestra revista. Entonces, ¿Qué nos puede decir de la película? ¿Cómo fue su experiencia? Si le gustó...

–Sí, realmente a mí la primera vez que la vi en la sala acá en Corrientes, digo, son imágenes que nunca había visto, de dónde las sacaron, no sé, y casos puntuales de las mujeres que todavía están allá en Llallagua y que han vivido. Realmente, juntar todo eso, y hacer, ver la problemática que había en ese entonces, es muy buena labor la que hicieron. Es muy, muy, muy bueno que por lo menos a través de estas cosas se hable de aquello donde ha empezado quizás un poco la revolución, del que no tiene voz hacia quienes querían tajarla. Cosa que no sucedió... ha crecido mucho más y con esta película un poco ha sido reivindicado...

Cuba, Estados Unidos y una persecución incesante

*Alejandra Ares - Lucía Desages - Camilo Genoud -
Franco Giuliano - Mariana Peñaranda -
Juan Pablo Sorrentino**

Bloqueo: Asedio, sitio, cerco, aislamiento, incomunicación. Interrupción, obstrucción, corte.

Bloquear: Asediar, sitiar, cercar, incomunicar, aislar, cerrar, circunvalar, encerrar, estrechar, rodear, cortar. Inmovilizar, obstruir, obstaculizar, impedir.¹

Durante sus casi 60 años, la Revolución Cubana se ha enfrentado (y lo sigue haciendo) a un enemigo formidable: el bloqueo impuesto por Estados Unidos. Este ha determinado muchas de las decisiones tomadas por el gobierno cubano, ha coartado posibilidades e impuesto arduas condiciones al pueblo cubano.

¿De qué hablamos cuando hablamos de bloqueo? Podemos definirlo como un conjunto de acciones ejercidas por Estados Unidos contra Cuba con el objetivo de asfixiarla, aislarla e inmovilizarla. Esas acciones datan del gobierno de John F. Kennedy, y persisten hasta el día de hoy, convertidas en leyes a partir de 1992, con la Ley Torricelli y posteriormente reforzadas mediante la Ley Helms-Burton.

El objetivo del bloqueo es impedirle a Cuba el vínculo comercial no sólo con Estados Unidos, sino con el resto de los mercados internacionales. Así, Cuba no puede entablar relaciones comerciales con empre-

* Grupo de estudios de Cuba y Centroamérica, Taller de Problemas de América Latina, Universidad de Buenos Aires (UBA).

¹ *Diccionario de sinónimos y antónimos*. Espasa-Calpe, 2005. Disponible en: <http://www.wordreference.com/sinonimos/>.